

AYUNTAMIENTO DE HOSPITALET DE LLOBREGAT

PONENCIA DE CULTURA

HOSPITALET

BOLETÍN DE INFORMACIÓN MUNICIPAL

SEPARATA

AÑO XIX - N.º 75, 3.º TRIMESTRE 1972

El Casino del Centro

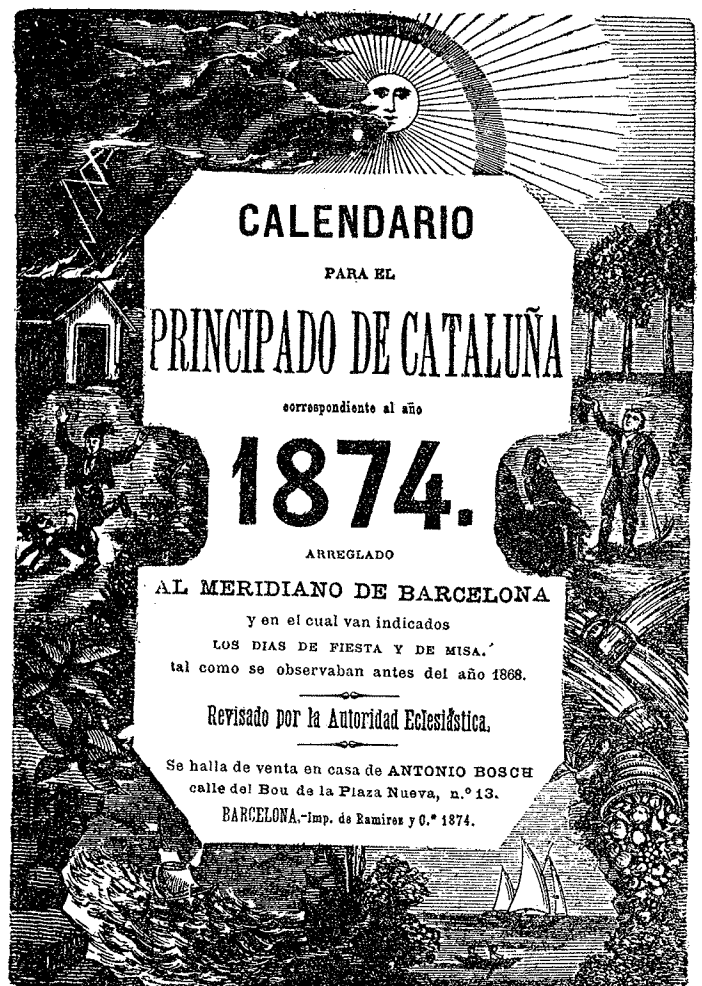
Apuntes para su historia

por F. Marcé y Sanabra

He aquí una idea que he venido acariciando desde hace años y que últimamente se ha convertido para mí en una tentadora obsesión: llenar unos papeles hablando del «Casino del Centre», familiarmente conocido de siempre, entre nuestros convecinos, por el «Centro» o, más ajustadamente, por el «Centru», siguiendo aquella tendencia tan nuestra de catalanizar, sin demasiadas preocupaciones idiomáticas, nombres castellanos como Francisco, Pepito, Rosita, etc., para transformarlos en los inefables «Franciscu», «Papitu» o «Rusita».

También con mucha frecuencia se le ha llamado sencillamente «El Casino».

Estas dos palabras, que no siempre han correspondido a las oficialmente aceptadas, han servido, a lo largo y a lo ancho de casi un centenar de años, para identificar un edificio situado en la esquina de la Riera de



la Creu con la Carretera provincial de Barcelona a Calafell, lindando a mediodía con (vox populi) «*cà l'Esquena-cremat*», y por el lado de Oriente, con la Masía de los Oliveras.

He dicho que era para mí una tentación tocar este tema. Quizá no resulte ocioso explicaros el porqué.

Aunque hace casi un cuarto de siglo que no he puesto los pies en el Casino, sino muy esporádicamente, puede afirmarse que mi infancia, mi adolescencia y una parte importante de mi juventud transcurrieron por sus alrededores o tuvieron como telón de fondo sus vetustas paredes.

Nací a muy poca distancia del edificio y su patio delantero fue el escenario ideal para mis andanzas con los amigos de la calle, ya fuese jugando a «*náries*» o a «*cavall fort*», a «*baldufes*» o a «*picar esquenes*», nombres todos ellos casi ignorados por los niños de hoy o en todo caso conocidos por sus equivalentes introducidos aquí por la gran afluencia de inmigrantes... De los 4 a los 13 años fui alumno de las «*Escoles Dr. Robert*», instaladas en el primer piso de la casa y sostenidas por la entidad, escuelas que disfrutaron desde su creación de un gran prestigio y que en aquel entonces eran aún sin duda, gracias a dos maestros de excepción, Xavier Vigué y Amadeo Saboya, una de las mejores de Hospitalet. Conservo celosamente entre mis recuerdos más luminosos y amables (hablo de antes de la guerra) los de muchas fiestas mayores de verano —siempre a mediados de agosto— con aquellos conciertos a las diez de la noche, casi cada año, a cargo de «*Els Escolans de Sant Sadurní*», que se celebraban en el jardín posterior poblado de esbeltas palmeras y que la gente escuchaba o no escuchaba paladeando un helado de vainilla, todavía no industrializado, o una deliciosa leche merengada espolvoreada de canela, mientras los camareros corrían arriba y abajo haciendo tintinear copas y vasos. Y los «*lucidos*» bailes en el «*envelat*» que se levantaba —¡qué espectáculo ver plantar los palos y tensar los toldos!— en la era de la casa de Adela Oliveras, separada del patio del Casino por una pared de cerca, un trozo de la cual cada año se derribaba y se reconstruía para facilitar el paso de la gente. Y... ¿Es necesario seguir justificando los motivos de mi tentación? Tal vez si continuase por este camino haría sin darme cuenta mi propia biografía olvidándome del objetivo que me he propuesto.

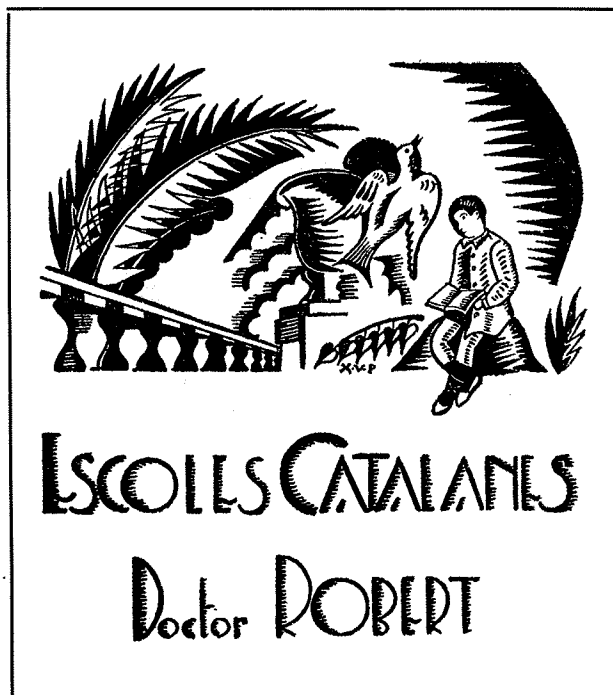
Evidentemente me gustaría evocar aquellas tertulias de posguerra en el café, escuchando atentamente a los viejos —que entonces no lo eran tanto como a nosotros nos parecía, pero que ahora casi todos han desaparecido—, tales como «*El Borbena*», «*El Polític*», «*El Salau*», «*El Goyta*», «*El Gavatax*», etc., la mayoría más conocidos por el apodo que no por su nombre verdadero. Allí se hablaba con suficiencia de cualquier tema, desde el más trascendental hasta el último chismorreó, y a menudo los más jóvenes, que nos limitábamos a escuchar, nos divertíamos de lo lindo. Las discusiones, que también las había, a veces subían de tono, y recuerdo que en una ocasión, uno de los más introducidos en los laberintos de la

política local, que hablaba poco y que cuando lo hacía acostumbraba a ser con alguna sentencia definitiva que dejaba boquiabierto a todo el mundo, exclamó:

—*Si ara volgués amb una sola paraula us faria callar a tots. Però m'estimo més no dir-la.*

Ciertamente la palabra clave no fue dicha, pero todos enmudecieron ante tal demostración de elocuencia, confusos y llenos de admiración, sin atreverse a continuar la discusión ni a intentar poner la cosa en claro.

Las anécdotas podrían multiplicarse. También me sería grato hablaros de otra tertulia integrada por gente más joven, pero ya madura,



Facsimil de una libreta escolar. En el dibujo original de X. Vigué pueden verse estilizadas las palmeras del patio del Casino

que informalmente presidía el inolvidable Josep Rossell, «*El Trabal*», siempre con su pipa en la boca, donde se estimularon infinidad de iniciativas en las que yo empecé a participar con un grupo de amigos de mi edad, más o menos entre los 17 y 25 años. De ahí nacieron las primeras Exposiciones de Bellas Artes para artistas locales, la publicación impresa de una revista, la fundación de un equipo de hockey sobre patines que llegó a adquirir cierta notoriedad regional, la Verbena de San Juan del año 1947 que hizo época, etc. Y no quisiera dejar en el tintero la curiosa personalidad del *Cintet Gassó*, el Conserje, que amaba al Casino más que a su propia casa y que quedó inmortalizado, es una manera de decir, en el

pareado de una auca humorística que ilustró Manuel Pol y que decía: «La gorra del gran Gassó, es com una institució».

Pero este pequeño bosquejo de evocaciones, que tal vez algún día intentaré revivir con más detalle «*si em vaga*», no entra en mi propósito de hoy.

Tampoco voy a intentar hacer la historia del Casino. Ni el espacio disponible ni la documentación que ha llegado a mis manos ni mi modesta capacidad para llenar cuartillas con garabatos, lo hacen viable. Me gustaría, eso sí, referirme a algunos puntos concretos de la vida de este edificio, de entre los más significativos —no me atrevo a decir estelares— para que algún día puedan ayudar al estudioso que quiera atreverse a una labor más completa y definitiva.

La ocasión es propicia —como señala el amigo Abarca en otro artículo— porque el Centro está condenado irremisiblemente por la prolongación de la Rambla Justo Oliveras y porque es muy posible que esto acontezca a raíz de cumplirse su centenario.

Este siglo de historia del Casino coincide o, mejor dicho, puede ser en un 80 o un 90 por ciento la historia de todo Hospitalet y, en particular, la del actual distrito que se conoce por su mismo nombre: El Centro. Cuando menos la influencia de sus miembros, dentro de la pequeña política local, ha sido en muchos momentos decisiva e indiscutible.

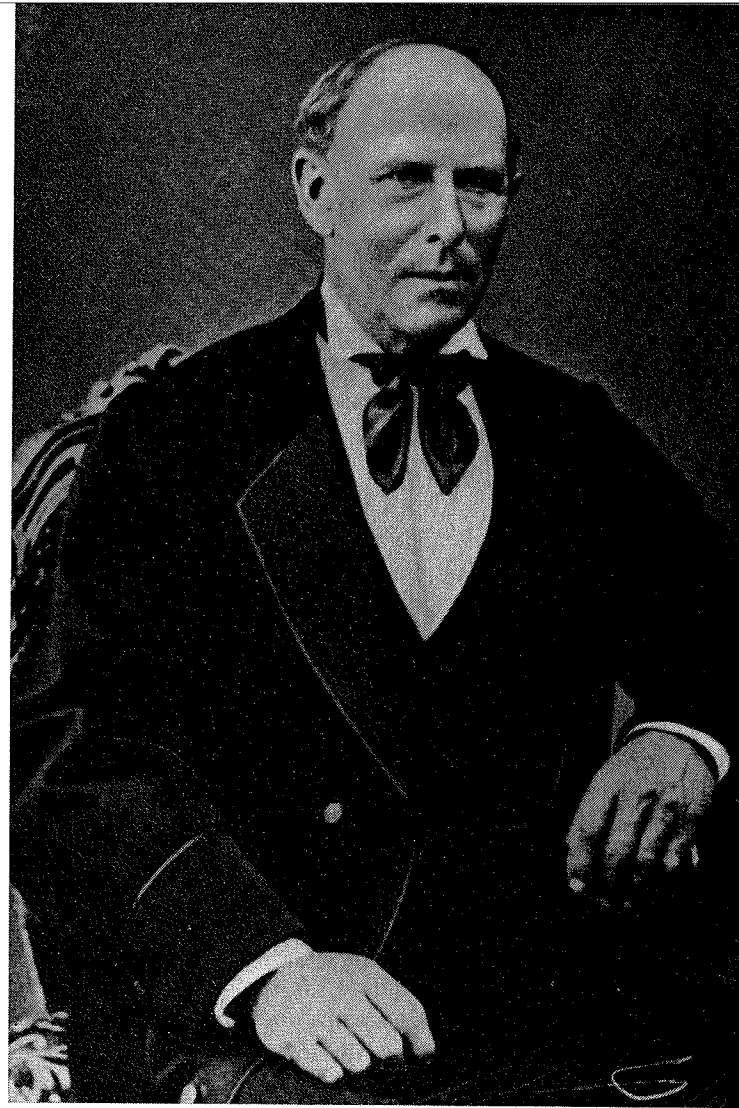
* * *

El período que transcurrió entre la abdicación de aquel monarca italiano que introdujo en España el General Prim, y cuyos nombres coincidían con los de mi maestro antes citado (la comparación quizá sería más adecuada hacerla a la inversa), la proclamación de la primera República y la subsiguiente Restauración que terminó con la Guerra Civil Carlista, es decir, el espacio de tiempo comprendido entre 1873 y 1876, contempló el nacimiento del Casino.

En aquel momento los habitantes del término sobrepasaban escasamente los 3.500, de los que unos 2.500 residían en el Hospitalet propiamente dicho, unos 500 se encontraban en Santa Eulalia unidos con la Bordeta, un centenar se agrupaban en la parte alta de Collblanc y los restantes vivían en masías aisladas por la Marina, llegando a la desembocadura del río, a la Farola, en cuyas cercanías existía una fuente de aguas medicinales conocida con el nombre de La Puda, y hasta la falda de Montjuich.

Aparte de la Agricultura, la única actividad que podríamos designar como autóctona y que llegó a dar un sobrenombre generalizado a la población —el de «*bóbila*» de Barcelona— era la fabricación de baldosines, ladrillos, tejas, refractarios y otros elementos cerámicos de tipo ornamental como jarrones, balaustres, piezas de arquitectura, etc. Incluso en

Jaime Arús y Cuxart, alcalde de la Villa de Hospitalet en 1874 y condómino fundador del Casino del Centro



el patio del Casino existía una bella muestra de esta industria local representada por cuatro figuras de terracota que simbolizaban las estaciones del año y que desgraciadamente, según parece, se han perdido. Es una lástima, ya que merecían ocupar un sitio adecuado en nuestro flamante Museo de Historia.

La fecha de construcción del Centro, que aparece grabada en su frontispicio, corresponde a 1874. Exactamente el día 31 de julio de 1873, por medio de escritura otorgada ante el Notario de Barcelona don Joaquín Serra, un grupo de hombres que hemos de suponer incluidos en el censo de los hacendados más notables del término adquirieron con carácter indiviso a los hermanos. Miguel y Edelmira Costa el terreno, que tenía una superficie aproximada de media mojada. El 31 de mayo de 1874 el grupo comprador decidió aportar 41.750 pesetas con el fin de construir el edificio, una vez derribada la casa de payés que había en la finca. Veinte mil de estas pesetas esperaban conseguirlas por suscripción pública

y las restantes las sufragaron entre ellos, 26 exactamente.* Cuatro del grupo —y esto nos confirma lo que decíamos sobre el peso político de la futura sociedad que se autocalificaría de apolítica— consiguieron en aquellas circunstancias, año más año menos, sentarse en la silla del Alcalde de la «Casa de la Vila»: Rafael Casas Codina, en 1872; Jaime Arús Cuxart, en 1874; Antonio Parera Codina, en 1876, y Francisco Goyta Vergés, en 1879. Si repasásemos la lista de alcaldes de los últimos 100 años, cada dos por tres aparecería alguno vinculado de una manera u otra a la esquina de la Riera de la Creu.

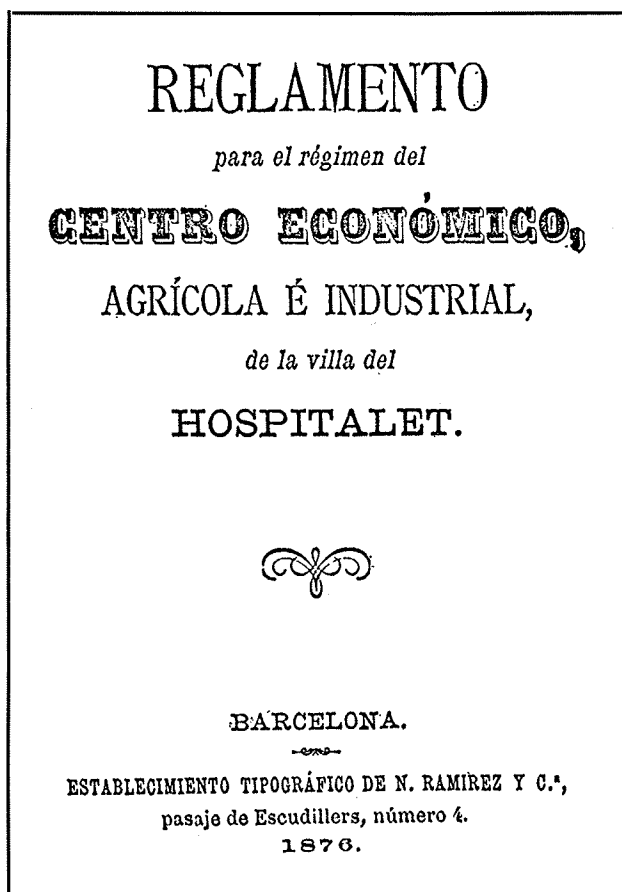
Ahora que nos acercamos a pasos agigantados —no sé si para bien o para mal— hacia los 300.000 habitantes, uno no puede menos que establecer comparaciones y ciertamente queda atónito ante la gesta de aquellos 26 hombres que se hicieron propietarios en condominio de la finca y que ya siempre a partir de entonces fueron conocidos como los «condóminos». Porque: ¿sería posible hoy día encontrar en Hospitalet 26 personas dispuestas a emprender una aventura semejante? Construir ahora un edificio equivalente a lo que representó aquél en su época, adaptado a las necesidades actuales —quiero decir con unas instalaciones culturales y deportivas a la altura del tiempo en que vivimos— significaría cuando menos hablar de una cantidad rayana en los 40 millones de pesetas. ¿Encontraríamos, repito, en nuestra ciudad, 26 hombres capaces de aportar en conjunto la mitad de semejante cifra y de conseguir por suscripción pública entre el vecindario la otra mitad? Creo que la respuesta no es nada difícil y que cualquier habitante del antiguo término parroquial de Provençana podría formularla sin vacilaciones. Basta comprobar la precaria situación económica de tantas asociaciones que malviven por todas partes del término, generalmente realquiladas en un bar o instaladas

* RELACION DE CONDOMINOS Y APORTACION DE CADA UNO
PARA LA CONSTRUCCION DEL CASINO

	<u>Ptas.</u>		<u>Ptas.</u>
Jaime Arús	2.500	<i>Suma anterior</i>	13.125
Antonio Parera	2.500	José Bartra	500
Francisco Viñals Casas.	250	Francisco Prats.	1.000
Pablo Vergés Rodes.	500	Francisco Company	1.000
Juan Massagué.	1.000	José Oliveras	1.000
José Gayralt	500	Rafael Casas	1.000
Juan Cerdá	1.250	José Sabadell	500
Jaime Mestres	1.000	Francisco Goyta	1.000
José Casas	500	Pablo Cerdá	750
Lorenzo Company	125	José Mestres	375
José Barba	500	Juan Viñals	500
Gabriel Campreciós	1.500	Juan Bta. Madorell	500
Antonio Durbán	1.000	Miguel Sagristá.	250
		Antonio Sadurní	250
<i>Suma y sigue</i>	<u>13.125</u>	<i>Total</i>	<u>21.750</u>

en minúsculos locales con ínfimas condiciones ambientales que difícilmente pueden servir de aliciente para la captación de nuevos adeptos.

El primer nombre oficial que tuvo el Casino del Centro fue el de CENTRO ECONÓMICO AGRÍCOLA E INDUSTRIAL DE LA VILLA DEL HOSPITALET. Obsérvese que el nombre de nuestra población iba precedido del artículo *El* —«*L'Hospitalet*» en catalán—, artículo que por incomprensible desidia se ha ido perdiendo y que yo creo que debería reivindicarse por fidelidad hacia nuestro pasado. El reglamento que regía el buen funcionamiento



de la Sociedad fue aprobado por el Gobernador Civil el 20 de octubre de 1876, y la primera Junta rectora quedó establecida así: Presidente: José Oliveras. Vicepresidente: Jaime Vilaplana. Secretario: Jaime Barella. Contador: Joaquín Ferrer i Mestres. Tesorero: Rafael Casas. Vocales: Miguel Riera, Francisco Goyta, Narciso Carbonell y Juan Batllori. Los apellidos de dos de ellos, los de Barella y Batllori, corresponden al de otras tantas prestigiosas fábricas del ramo de la cerámica, lo que nos viene a confirmar cuanto decíamos antes sobre la más importante industria local.